

FUNDACION, DESTRUCCION Y RENACIMIENTO DE LA CAPITAL DE CHILE*

El Conquistador don Pedro de Valdivia llegó al valle del Mapocho con una hueste de ciento cincuenta castellanos, indios auxiliares y una mujer, Inés Suárez; todos procedentes del Cuzco e intermedios, para fundar la nación más lejana del Imperio español. He aquí la dramática y pintoresca historia de los comienzos de su empresa.

Reconocidos los aledaños, Valdivia escogió el lugar privilegiado en que se asienta Santiago, siguiendo las instrucciones de la metrópoli, y el 12 de febrero de 1541 decretó la fundación de la ciudad. La planta original tenía la forma de un trapezoide que limitaba por el oriente con el cerro Huelén (Santa Lucía), por el norte con el Mapocho, por el poniente con la charca de Diego García de Cáceres (aproximadamente la actual avenida Brasil), y por el sur con la cañada de San Lázaro, actual Alameda Bernardo O'Higgins. El alarife Pedro de Gamboa procedió a trazar las calles, que pronto recibieron, entre los nombres de los vecinos más notables, otros muy pintorescos, como de los Trapitos, de los Afanes, de las Animas...

Los indios ayudaron al comienzo en la construcción de las habitaciones, de la iglesia y de los edificios civiles. Las casas eran de madera, revocada con barro, y techo de paja, trabados con la misma trepadora (el boqui) que hasta la fecha utilizan los campesinos en sus ranchos.

Valdivia designó el Cabildo inmediatamente, y en su calidad de teniente gobernador y capitán general, nombró alcaldes ordinarios a Francisco de Aguirre o Juan Dábalos Jufre; regidores, a Juan Fernández de Alderete, Juan Bohon, Francisco de Villagra, Martín de Solier, Gaspar de Villarroel y Jerónimo de Alderete; mayordomo, a Antonio Zapata, y procurador, a Antonio de Pastrana.

Las jornadas recorridas hasta ese momento habían sido producto de la audacia, la energía y la sagacidad; mas sin nuevos recursos era pueril pretender, no ya la conquista, pero ni siquiera la conservación de lo ganado. La captura del antiguo enemigo, el cacique Michimalongo, había resuelto el problema del oro, pues éste informó a Pedro de Valdivia sobre los lavaderos de Malga-Malga y le facilitó mil doscientos indios para su explotación. Faltaba un bergantín para llegar al Perú y comprar con buen oro los elementos necesarios para proseguir la conquista. Con tan urgente objetivo, Valdivia inició la construcción de un barco bastante grande en Concón; pero, al dejar desguarnecido el astillero para acudir a sofocar una de las conspiraciones urdidas por los derrotistas, los indios arrasaron con campamento y pertrechos, quemaron la nave y mataron a doce o trece españoles. La nueva calamidad excitó aún más los ánimos, y Solier urdió una nueva conspiración que le costó la cabeza, así como a varios españoles más. Casi todos los santiaguinos aprobaron la conducta de Valdivia y el castigo ejemplar afirmó su autoridad.

Descalabros, conspiraciones y refrigeras habían reducido el número de españoles a ciento treinta, y pronto cundió el fermento de la sublevación general entre los indios de Aconcagua, Santiago y Cachapoal. Prefirió Valdivia dispersarlos antes de que la rebelión tomara carácter de general y dejó prácticamente abandonada Santiago a un grupo de treinta y dos jinetes y dieciocho arcabuceros, al mando de Alonso de Monroy, a quien poco antes había nombrado teniente de gobernador.

El ataque en masa no se hizo esperar. En la madrugada del 11 de septiembre, los indios, resguardados por la misma empalizada que protegía la ciudad, arrojaban nubes de flechas y piedras que los españoles lograron esquivar hasta el alba. Con la luz consiguieron contrarrestar el ataque, pero eran muy pocos y al incendio de los ranchos de paja hubiera seguido el exterminio de todos si Inés Suárez no hubiera salvado la situación, convenciendo a los españoles de la conveniencia de degollar a siete caciques que Valdivia había retenido en la ciudad, y arrojar sus cabezas entre los aterrorizados indios. La carga final, en la que la propia Inés participó con su cota de malla, definió la pelea y la supervivencia de Santiago.

La catástrofe había sido desoladora. Pedro de Valdivia recordaba en una de sus cartas: "Se había quemado la comida y la ropa y cuanta hacienda teníamos, que no quedamos sino con los andrajos que teníamos para hacer la guerra, y con las armas que a cuesta teníamos, y dos porquezuelas y un cochinito, y una polla y un pollo y hasta dos almuerzas de trigo..."

Los indios no volvieron a atacar, pero iniciaron la guerra del vacío, alejándose para no servir al invasor y dejando incultos los campos. El período de paz permitió reconstruir la ciudad, ahora de adobes para evitar nuevos incendios. La necesidad de ayuda exterior era cada vez más imperiosa, lo que movió a Valdivia a enviar al Perú a Alonso de Monroy con oro, disimulado en los arreos, y con poderes y facultades a carta blanca. Después de una azarosísima aventura con raptos, cautiverios y fugas, Monroy llegó al Perú portando como único resto de su tesoro el poder de Valdivia para contraer deudas.

Los dos años transcurridos desde la fundación de Santiago hasta la llegada de los refuerzos que Diego García de Villalón traía en el navío *Santiago* y los reunidos después por Monroy, acumularon sobre las desdichas las privaciones. Es difícil encontrar paralelo en la historia de tal entereza, virilidad y estoicismo. Desde el otoño de 1542 al hambre se añadieron la desnudez, la zozobra por el aislamiento y la renovación de los asaltos. Muchos de los conquistadores tuvieron que comer "salandijas y otras comidas muy ruines". Las cigarras se consideraban como un excelente alimento. El grado de penuria colectiva llegaba a lo increíble. "No tenían con qué vestir —escribe Luis de Toledo— porque ya andaban muchos en cueros que no traían encima camisas ni otros vestidos, sino unos muslos de cuero y unos jubones con que se cubrían sus vergüenzas". Como no había vino, se dejó de decir misa. Los caballos iban sin herrar y no tardó en escasear la pólvora. Cuando los últimos restos de papel se acabaron, el Cabildo extendía las actas en tiras de cuero, que los perros hambrientos se comían.

De los primeros contingentes habían sobrevivido ciento dieciocho españoles. Con los que acompañaron a Villalón y Monroy subieron a ciento noventa; reducidas fuerzas que permitirían a Pedro de Valdivia iniciar una nueva etapa en la conquista de Chile.

* Del *Resumen de la Historia de Chile* de ENCINA/CASTEDO.